





PARA CUANDO LA LLUVIA
NOS VENZA



Samuel M. Vázquez

PARA CUANDO LA LLUVIA
NOS VENZA



Primera edición: noviembre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Samuel M. Vázquez

ISBN: 978-84-18097-04-1

ISBN digital: 978-84-18097-05-8

Depósito legal: M-36916-2016

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para quienes vivan persiguiendo la estela
de sueños imposibles por mucho que el mundo,
vuelta a vuelta, se obceque en abatirlos.
A la vida hay que besarla lentamente.
A veces muerde, es cierto, pero ya se dijo
aquello de que la fortuna sonrío a los valientes.
Y por supuesto también para mis padres,
por ser... por estar.*



1. Para cuando la rabia te invada y el
miedo no venza a tu optimismo embustero

Quien no se mueve, no siente las cadenas

ROSA LUXEMBURGO



Declaración de principios

Para cuando la lluvia nos venza,
los huesos se doblen,
la noche oscurezca, el olor de este invierno.
Para cuando mis manos rememoren
en su empeño por coser las heridas del tiempo,
tu cuerpo en otros cuerpos y mi boca te nombre
como quien sueña despierto.

Para cuando cometas distantes
orbiten confusos,
al ver cómo Venus se aleja de Marte,
y repliquen algunos,
que punto y aparte,
y cese el silencio
en un grito que abate.

Para cuando vean su sonrisa insumisa
y ya nadie se pregunte por quién.
—*Por ella*
y Juno confiese Artemisa,
—Yo también.

Para cuando tu imagen no acuda
a romper mi calma,
se cambie el verde por el gris y las dudas,
coticen en bolsa las almas,
el aire que respiras
o el hombro que te ayuda.

Para cuando no sea posible distinguir
entre valor y precio
o entre dinero y tiempo,
y se recuerde que Nietzsche dijo:
Si hay un Dios... está muerto.

Para cuando la vida nos pase,
las piernas me fallen
y sienta que verso de Whitman
se escape.
No vuelva el poeta a escalar a la silla,
a subirse en la mesa, a entonar su consigna.
Triunfe el motín, el cuento acabe,
y el alma al fin ingobernable,
abandone al capitán en una orilla
llorándole a esa nave que arde.

Y cuando allí postrado frente al mar brillante
de rodillas el pirata errante,
vea caer la estrella que anuncia el final.
Comprenda que la vida es sueño,

que no hay destino, ni fue su dueño,
y solo vive reo en su prisión de cristal.

Para cuando la lluvia al fin nos venza,
y no queden historias por contar...
Para entonces, amor,
solo entonces, amor...
arroja la bandera al suelo,
cede tu camino al viento,
pero hasta entonces...
aún no.

Mientras el mundo siga siendo nuestro,
mientras quede al menos un último verso,
hasta entonces, amor,
hasta entonces...
Aún no.

Poema 1

La misma hora de ayer,
el mismo rincón,
y solos los dos
bajo el mismo techo,
vestido de estrellas postizas
que adornan con luces y sombras
los ecos del tiempo.

Esos que ahora ni vemos.
Esos que fueron eternos.

Recuerdas sus llantos,
las noches en vela,
su risa embustera
brillando de vida
y vosotros tan cerca,
sonriendo con ella.
Encerrados en tercios
silencios suicidas,
caminando en puntillas
guardando sus sueños.

Ni alzabais la vista,
por miedo a perderlos.

La misma hora de ayer,
la misma pared.
De rosa, de blanco, de crema,
vinilos y posters,
vestidos de fiesta.

Sus primeros días de escuela, sus primeros besos.
¿Recuerdan?
Y en casa sus ojos,
cristales que esconden secretos.
¡Qué ingenua que era!
¡Qué ingenuos vosotros!

Algunos dijeron qué padres aquellos,
qué falda tan corta y la niña...
¡Qué niña!
Algunos hablaron tiempos modernos,
caminos inciertos, ya se sabía...
Salidas de noche, las fiestas,
los hombres.

Tal vez el telón se cerró antes de tiempo,
ella se fue, casi sin saberlo,
vagando en el oscuro silencio
de quien encuentra en espejos la culpa,

de quien maquilla los miedos
y esconde sus dudas.
La bella durmiente sintiéndose puta
y tapando su insomnio con sombra de ojos.

Si lo piensas era fácil de prever,
la misma hora de ayer,
el mismo rincón
bajo el mismo techo,
y su ausencia, que grita
en su cama vacía
donde se encallan respuestas
que nadie sabía
o quería saber.

Poema 2

Desdichada soledad
que te trae cada mañana,
que te asusta, que te arrastra,
te despierta y te sacude.
Aquí no queda ya más nada,
nada por lo que luchar,
se ha perdido tu esperanza
como un barco en alta mar
y como tantos soñadores,
ahora tienes que marchar...
Nada queda en esta patria,
nada por lo que luchar.

Desdichada oscuridad
tantas noches este enero,
nada queda en el hogar
del que nunca has sido dueño.
Pobre iluso que no sabes
como funcionaba el juego
y protegías a los tuyos
con un tanque de papel.

Ahora tienes que marchar,
nada queda en esta patria,
nada por lo que luchar,
nada que valga la pena.

Estás tirado en el asfalto,
nadie para a ver qué pasa,
se oye un fuerte grito ahogado,
pero no quieren mirar
y sangran mil sueños vendidos,
mientras brindan los de siempre
en su burbuja de cristal.

Y vuela un pájaro perdido,
cuatro lloran por tu suerte
pero no quieren mirar...
Ahora aquí no queda nada,
así que tienes que marchar.

Poema 3: El gigante

Rompernos y ver que nos estamos hundiendo,
la sangre en la herida, la marca en el pecho;
cayendo de nuevo...
Volviéndonos fuego,
ya llega la sombra anunciando mi entierro.

Buscarte, probarte... Prohibido encontrarte,
no entiendo una mierda de puntos y aparte.
Silueta...
Sombras que viven sombras.
Hierba para calar las horas,
para perderme a solas,
para entender desiertos
que nadan en bares de copas.

Vivaz y tempestuosa
la roca que partió mi boca,
y aquella mañana:
Silencio.
Sonaban sirenas,
lloraban las olas.

¿Cuánta retórica?
Faltaban verdes en el cementerio,
me viste cadáver antes de tiempo
y al ver la herida aún sangrante,
no te quedaste a salvarme.

Resaca de resacas,
fallida operación de rescate.
Comprado y vendido,
tocado y hundido,
la vida que escapa,
yo solo le escribo:

*No temo al silencio del fin de mis días,
tan solo a la muerte que habita en la vida.*

Poema 4

A quemarropa, presos del silencio,
acércate un poco y te cuento este cuento,
no cambia el rumbo,
me quedo el invierno,
palabras rotas, la soga en el cuello
y un grito callado que envuelve este enero.

Qué frío...
Cuánto frío...

Se oyen pasos a lo lejos,
la vela encendida,
el calor de un recuerdo,
el fuego, tus ojos, los gritos, los niños.
Qué frío, cuánto frío...

¿Quién es el dueño del mundo?
¿A quién le compro más tiempo?
¿Quién nos vende humo,
y nos envuelve en fuego?

Perdido en las risas de las fotos
que colgaban en los marcos,
¡Quedan ya tan pocos!
Y ahora la casa tan fría,
las ruinas y esta penumbra,
los llantos que ahora son silencio.
Se cierra el telón pero sigue este cuento
y se proclaman dulces palabras,
la crónica de una muerte anunciada
escrita por los dueños de las llamas.

¿Quién es el dueño del mundo?
¿A quién le compro más tiempo?
¿Quién nos vende humo
y nos envuelve en fuego?

Qué frío...
Cuánto frío...

Poema 5

A la vista de estos ojos
tan lejanos de su infierno,
tan ausentes del directo,
que ignoraban que en sus fotos,
se pintaban de colores
los matices de los grises
de una vida que recoge
mierda... siempre de otros.

Como tantas supongo.

Notas pasajeras de las páginas prensa
que se inventan trabalenguas
para maquillar vergüenzas.
Siempre muerta a manos de,
nadie mata a nadie, qué van a saber...

Solo sangran datos, solo notas,
solo es otra tonta que se muere sola,
solo son destellos de otra vida rota.

A la vista de estos ojos,
ciegos, que no ven la vida,
sin mirar a aquellos, que de su sonrisa

se creían dueños, por pedir dos copas,
o dejar propina...

Ciegos e ignorantes estos ojos,
presos del concepto
que la aleja de lo humano,
la disfraz de ese objeto
al que el mundo pone un precio,
por ignorar su valor.

Quién pudiera ver con otros ojos lo que a los
míos ocultaba
el cristal de su escaparate.
Un nombre, que ahora tiene rostro.
Otra batalla pérdida, un disparate,
otra mañana que brilla
bajo otro triunfo de Marte.

Otro suicidio a destiempo
a conciencia de otro orgullo herido,
pintando en vacío las vida de otros,
vaciando los marcos que adornan sus fotos.
Las tuyas y de nadie más.
Esas que adornan noticias
que ahora revenden sonrisas
de las que nadie era el dueño,
y otra vez tarde lo vemos.

Siempre podemos los buenos,
seguir buscando culpables
tras el cristal del espejo.

Poema 6

Con lágrimas de sirena,
en el ojo del huracán,
como esos versos inversos
que claman la libertad.

Como que el cielo está muerto,
como que quema la sal,
fueron tus ojos tan ciegos
nunca pudiste volar.

Como quien peca de ingenuo
en busca de ese lugar,
como quien sigue una estrella
hacia su «Nunca Jamás»
Como tu sangre y su sangre,
como tu piel y su piel,
¿Cómo un pedazo de tierra
marca qué puedes valer?

Al final otro muerto más...
conciencias de noticiarios

y olvidos precoces,
adornan el calendario
y ahogan reproches.
Qué rápido banalizamos la mierda
entre puñal y puñal...
y en medio de toda esta fiesta:
los cuerpos que arrastra el mar.

Poema 7: ¿Qué tal si esta vez no regresas?

¿Cuándo dejaremos esta guerra fría
y le diremos basta
al aire que asfixia
o al llanto que escapa?

¿Qué tal si dejamos esta cuerda floja,
de noches en vela;
de guerras y treguas
de luces y sombras?

¿Cuánto más perforarás su cuerpo?
¿Cuánto durará este hasta luego?
¿Cómo volverás a mostrarte?
¿Con qué nombre deberemos llamarte?

Tantos porqués sin respuestas y
tú acechando, cual sombra
que asoma al torcer una esquina,
y con ella... torciendo una vida.

¿Qué tal si no vuelves a esta?
¿Qué tal si esta vez no regresas?

¿Por quién doblan las campanas?

Recuerdo leer en la prensa una noticia acerca de una señora de Cataluña que falleció en su casa a causa de un incendio, provocado por un artefacto que ella misma había ideado para abrigarse del frío del invierno. Un frío que a ella, al final, la acabó matando. Cuando pienso en ello no puedo evitar recordar el título de la legendaria novela de Hemingway y de la acertada cita introductoria del poema de John Donne que venía diciendo que nadie es una isla por completo en sí mismo. Vivimos en un mundo de almas ultra conectadas donde todo queda a un simple clic o a un roce de dedos sobre el cristal de una pantalla táctil. La llaman la era de la información y tal vez es ese el problema. A diario estamos expuestos a tantos desastres, violaciones, robos, corrupción y guerras en países que nos parecen otros planetas, que en parte nuestra resiliencia se ha convertido en indiferencia. En apenas unos años se ha construido un nuevo mundo ante todos nosotros, sin que nadie se hubiese esforzado por enseñarnos como seguir siendo humanos.

¿Lo somos?

Sorprende la facilidad con la que pasamos de desgracia en desgracia con un simple alzamiento de cejas, cruce de

hombros o una mera expresión resignada mientras desayunamos nuestro café de cada mañana. Cada día hay más redes sociales e irónicamente es muy probable que cada vez nos estemos volviendo un poco menos sociales. Parece que ahora el valor de una persona se mide por el número de interacciones que obtiene en páginas que sirven precisamente para interconectarnos y que logran que construyamos arquetipos de nosotros mismos que se adaptan en los esquemas de los nuevos roles establecidos.

Vivimos en un mundo en el que lavamos nuestra conciencia compartiendo un tuit o una cadena de mensajes de WhatsApp y lo irónico de todo, es que la parte de nosotros mismos que siente la necesidad de compartir ese mensaje, es precisamente la que nos hace aferrarnos a nuestra propia humanidad. No se trata simplemente de sentirnos un poco más realizados con nuestro propio yo (algo innegable). Se trata de que incluso en esta era digital donde todos nos hemos vuelto un poco indiferentes, nadie es una isla por completo en sí mismo. Por tanto cada vez que doblan las campanas, por mucho que escuchemos su sonido en la lejanía, ahogado entre los sonidos de las notificaciones de nuestros *smartphones* o del claxon de los coches de gente que madruga para llegar a sus trabajos: Incluso entonces... **Las campanas siguen doblando por ti.**

Y para ti estoy escribiendo.